

El uso de las armas

Iain M. Banks

Traducción:
David Cruz Acevedo



A Mic

Agradecimiento

Ken MacLeod tiene la culpa de todo esto. Suya fue la idea de persuadir al viejo guerrero para que abandonara su retiro, y también fue él quien sugirió el programa de ejercicios.

Una ligera destrucción mecánica

Una ligera destrucción mecánica

Zakalwe liberado

Esas perezosas volutas de humo sobre la ciudad,
Negros agujeros de gusano en el aire de la brillante Zona de
Impacto al mediodía;

¿Te dijeron lo que querías que te dijeren?

O fuiste despellejado por la lluvia sobre una fortaleza de cemento,
Una isla alcázar en el diluvio;

Caminaste entre las máquinas aplastadas,

Y buscaste con ojos libres de drogas

Máquinas de otra guerra,

Y el desgaste del alma y del artefacto.

Con naves, aviones y barcos,

Con armas drones, y campos jugaste, y

Escribiste una alegoría de tu regresión

En las lágrimas y la sangre de otras personas;

La poética dubitativa de tu ascenso

A partir de un estado de gracia simple y mezquino.

Y aquellos que te encontraron,

Te cogieron, te rehicieron

(«Oye, chico, ahora solo estamos tú y nosotros, los misiles cuchillo,

Estás ante nuestra embestida, nuestra velocidad y nuestro san-
griento secreto:

¡El camino hasta el corazón de un hombre atraviesa el pecho!»);

Creían que eras su juguete,

Un niño salvaje; el vestigio del pasado remoto

Oportuno porque

La utopía engendra pocos guerreros.

Pero tú sabías que tu figura planteaba un enigma

En cada elaborado plan,

Y al jugar a nuestro juego en serio

Supiste ver a través de nuestras mediciones

Y nuestras caprichosas glándulas

Un significado que te pertenecía, en los huesos.

La captura de estas vidas culturales
No estaba en la carne,
Y lo que nosotros solo sabíamos,
Tú lo sentías,
En el mismo tuétano de tus retorcidas células.

—Rasd-Coduresa Diziet Embless Sma da' Marenhide
A cargo de SC, Año cxv (La Tierra, calendario Khmer)
Original en marain, traducción propia. Inédito.

Prólogo

—Dime, ¿qué es la felicidad?

—¿La felicidad? La felicidad... es despertarse una soleada mañana de primavera tras una agotadora noche con una hermosa... y apasionada... asesina múltiple.

—...Mierda, ¿eso es todo?

En sus dedos, la copa descansaba como algo atrapado en una luz sudorosa. El líquido que contenía era del mismo color que sus ojos y giraba lentamente lleno de luz bajo su mirada de gruesos párpados. La refulgente superficie de la bebida lanzaba destellos sobre su rostro como venas de cálido oro.

Apuró la copa y la estudió mientras el alcohol le bajaba por la garganta. Le hormigueaba el cuello, y le pareció que la luz le hacía cosquillas en los ojos. Le dio la vuelta a la copa en las manos, moviéndola con cuidado y suavidad, en apariencia fascinado por la aspereza del pie y la sedosidad resbaladiza de las partes sin tallar. La alzó hacia el sol y entrecerró los ojos. La copa brilló con cientos de pequeños arco iris, y las diminutas espirales de burbujas que se retorcían formando una especie de doble hélice estriada en el interior del fino tallo brillaron doradas contra el azul del cielo.

Bajó la copa, con lentitud, y su mirada se posó en la silenciosa ciudad. Entornó los ojos observando por encima de los tejados, las agujas y las torres, más allá de los grupos de árboles que señalaban los escasos y polvorientos parques, y más allá de la dentada línea de las murallas de la ciudad hacia las pálidas llanuras y las colinas de un azul como de humo que brillaban por la calima que había más allá, bajo un cielo despejado.

Sin quitar los ojos de la vista que se le ofrecía hizo de repente un movimiento brusco con el brazo y lanzó la copa por encima del hombro hacia el interior del frío salón, donde desapareció entre las sombras y se quebró.

—Cabrón —dijo una voz, tras una breve pausa.

La voz sonaba a la vez apagada y gutural.

—Pensé que se trataba de la artillería pesada. Casi me cago encima. ¿Es que quieres ver todo esto lleno de mierda?... Joder, también he mordido el cristal... *um...* estoy sangrando.

Hubo otra pausa:

—¿Me oyes? —La voz apagada y gutural subió un poco de volumen—. Estoy sangrando... ¿Es que quieres ver el suelo lleno de mierda y de sangre aristocrática?

Hubo un sonido de araño y un tintineo, a continuación se hizo el silencio y finalmente:

—Cabrón.

El joven en el balcón dio la espalda a las vistas de la ciudad y entró en el salón, con paso vacilante. El salón estaba fresco y hacía eco. El suelo era un mosaico milenario, barnizado en tiempos más recientes con una cobertura transparente a prueba de araños para proteger los diminutos fragmentos de cerámica. En el centro del salón había una enorme mesa para banquetes, grabada de manera elaborada y rodeada de sillas. Cerca de las paredes había esparcidas mesas más pequeñas, más sillas, cómodas bajas y altos aparadores, todos hechos de la misma madera pesada y oscura.

Algunas de las paredes estaban adornadas con murales medio despintados pero que seguían siendo impresionantes, la mayoría representaban batallas. Otras paredes, pintadas de blanco, soportaban enormes mándalas con armas antiguas; cientos de lanzas y cuchillos, espadas y escudos, picas y mazas, boleadoras y flechas todas dispuestas en grandes espirales de melladas hojas como la metralla de una explosión de imposible simetría. Unas armas de fuego oxidadas se apuntaban unas a otras sobre chimeneas tapiadas.

Había uno o dos cuadros deslucidos y tapices deshilachados en las paredes, pero aún quedaban espacios vacíos para muchos más. Unas altas ventanas triangulares con cristales de color lanzaban cuñas de luz sobre el mosaico y la madera. Las paredes de piedra blanca estaban rematadas con pilas rojas que soportaban enormes vigas de madera negra que abarcaban toda la extensión del salón como una tienda gigante de dedos angulares.

El joven pateó un sillón antiguo para ponerlo derecho y se desplomó sobre él.

—¿Qué sangre aristocrática? —dijo.

Posó una mano sobre la superficie de la gran mesa, y alzó la otra hasta colocarla por encima de su cuero cabelludo, como si tuviese una gran mata de pelo, aunque la realidad era que tenía la cabeza afeitada.

—¿Qué? —dijo la voz.

Parecía provenir de algún sitio bajo la enorme mesa a la que se sentaba el joven.

—¿Qué conexiones aristocráticas has tenido tú, viejo holgazán borracho?

El joven se frotó los ojos con los puños apretados; a continuación, con las manos abiertas, se masajeó el resto de la cara.

Hubo una larga pausa.

—Bueno, en una ocasión me mordió una princesa.

El joven alzó la vista hacia el techo apuntalado por vigas y resopló.

—Evidencia insuficiente.

Se levantó y salió de nuevo al balcón. Tomó unos prismáticos de la balastrada y miró por ellos. Chasqueó la lengua mientras se balanceaba, entonces se retiró hacia las ventanas y se apuntaló contra el marco para estabilizar la visión. Juguetó con el enfoque, sacudió la cabeza, volvió a poner los prismáticos sobre la piedra y se cruzó de brazos, apoyado contra la pared y contemplando la ciudad.

Se veían tejados pardos y abrasados, gabletes irregulares, como la corteza y los extremos del pan; el polvo parecía harina.

Entonces, en un instante, bajo el impacto del recuerdo, la trémula visión ante él se volvió gris y luego oscura, y recordó otras ciudadelas (la maldita ciudad de tiendas plantada en la explanada de desfiles abajo, mientras el cristal de las ventanas temblaba; la joven, muerta ahora, arrebujada en un sillón, en una torre en el Palacio de Invierno). Tuvo un escalofrío, a pesar del calor, y apartó los recuerdos.

—Y tú, ¿qué?

El joven miró hacia el salón.

—¿Qué?

—¿Has tenido alguna vez, esto... conexiones con nuestros... superiores?

De repente, el joven pareció serio.

—En una ocasión... —comenzó, pero dudó—. En una ocasión conocí a alguien que era... casi una princesa. Y por un tiempo llevé parte de ella en mi interior.

—Repite eso. Llevaste...

—Parte de ella en mi interior, por un tiempo.

Pausa. A continuación de manera educada:

—¿No debería ser justamente lo contrario?

El joven se encogió de hombros.

—Fue una relación muy extraña.

De nuevo se volvió hacia la ciudad, en busca de humo, o gente, o animales, o pájaros, o algo que se moviese, pero la visión podría muy bien haber estado pintada sobre la tela de un teatro. Solo se movía el viento, haciendo que la visión temblara. Pensó en cómo se podía conseguir ese mismo efecto haciendo temblar un telón, pero entonces abandonó la idea.

—¿Ves algo? —retumbó la voz bajo la mesa.

El joven no dijo nada, solo se restregó el pecho a través de la chaqueta y la camisa abiertas. Era una chaqueta de general, aunque él no lo era.

Se apartó de nuevo de la ventana y tomó una jarra grande que estaba en una de las mesas bajas cerca de la pared. Alzó la jarra por encima de su cabeza y con cuidado la inclinó, con los ojos cerrados, el rostro hacia arriba. No había agua en la jarra, de modo que no ocurrió nada. El joven suspiró, miró brevemente el dibujo de un velero en el costado de la jarra vacía, y con cuidado la volvió a colocar en la mesa, en el mismo lugar donde había estado.

Agitó la cabeza, se dio la vuelta y avanzó hacia una de las dos chimeneas gigantes que había en el salón. Se aupó hasta colocarse encima del ancho mantel, donde contempló con atención una de las antiguas armas colgadas de la pared. Era una enorme arma de fuego de boca ancha con la culata ornamentada y un mecanismo para abrir fuego. Comenzó intentando separar el trabuco de la piedra, pero estaba anexionado de manera muy firme. Tras un rato abandonó, saltó al suelo y se tambaleó un poco con el aterrizaje.

—¿Ves algo? —dijo de nuevo la voz, con esperanza.

El joven caminó con cuidado desde la chimenea hacia una esquina del salón, donde había un aparador grande y vistoso. La parte de arriba estaba cubierta por multitud de botellas, al igual que un área bastante amplia del suelo circundante. Rebuscó por la colección de botellas, la mayoría rotas o vacías, hasta que encontró una que estaba llena e intacta. Una vez la encontró se sentó en el suelo con parsimonia, abrió la botella rompiéndola contra la pata de una silla cercana, y se bebió la mitad del contenido que no se había derramado sobre la ropa o había salpicado el mosaico. Tosió y escupió, puso la botella en el suelo y la lanzó de una patada bajo el aparador mientras se levantaba.

Avanzó hacia otra esquina del salón donde había una pila de ropas y armas de fuego. Cogió una, desenredándola de entre un nudo de tiras, mangas y bandoleras con munición. Inspeccionó el arma y la tiró de nuevo. Apartó varios cientos de pequeños cartuchos vacíos para agarrar otra arma, pero también la descartó. Escogió dos más, las comprobó y se colgó una al hombro. La otra la colocó sobre un arcón cubierto con una alfombra. Siguió estudiando las armas hasta que tuvo tres colgadas al hombro y el arcón estuvo cubierto con diferentes partes y piezas de metal. Barrió las piezas del arcón dentro de una bolsa de tela gruesa manchada de aceite y la soltó en el suelo.

—No —dijo.

Al hablar hubo un estruendo profundo, ilocalizable e indeterminado, sonó más como si procediese del suelo que del aire. La voz bajo la mesa murmuró algo.

El joven caminó hasta las ventanas y colocó las armas en el suelo.

Se quedó allí un instante mirando hacia el exterior.

—Eh —dijo la voz bajo la mesa—. Ayúdame a levantarme. Estoy debajo de la mesa.

—¿Qué haces debajo de la mesa, Cullis? —dijo el joven, quien se arrodilló para inspeccionar las armas.

Dio golpecitos a los indicadores, giró diales, alteró ajustes con los ojos entrecerrados.

—Cosas, ya sabes.

El joven sonrió y fue hasta la mesa. Alargó un brazo debajo de ella y arrastró a un hombre enorme de cara roja que llevaba una chaqueta de mariscal de campo que le quedaba grande, y que tenía el pelo canoso muy corto y un solo ojo de verdad. Ayudó al grandullón a levantarse quien se mantuvo de pie con cuidado mientras se cepillaba uno o dos trozos de cristal de la chaqueta. Dio las gracias al joven mediante una inclinación de cabeza.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—¿Qué? Estás farfullando.

—La hora. ¿Qué hora es?

—Es de día.

—Ajá. —El grandullón asintió sabiamente—. Justo como pensaba.

Cullis observó cómo el joven volvía hasta la ventana y a las armas, entonces, con un empujón se apartó de la enorme mesa para llegar a aquella sobre la que descansaba la jarra de agua decorada con el dibujo de un viejo velero.

Alzó la jarra, balanceándose ligeramente, se la puso boca abajo sobre la cabeza, parpadeó, se restregó la cara con las manos y se subió el cuello de la chaqueta.

—Ajá —dijo—, mucho mejor.

—Estás borracho —dijo el joven, sin apartarse de las armas.

El viejo se quedó pensativo.

—Casi consigues que suene como una crítica —replicó con dignidad.

Se dio un golpecito en el ojo falso y parpadeó unas cuantas veces. Se dio la vuelta tan lentamente como le fue posible, encaró la pared más lejana y contempló un mural de una batalla naval. Se fijó en un enorme buque de guerra que allí se representaba y pareció apretar la mandíbula ligeramente.

Su cabeza se inclinó hacia atrás, hubo una pequeña tos y un zumbido que terminó en una explosión en miniatura. A tres metros del buque de guerra del mural, un gran jarrón de suelo se desintegró en una nube de polvo.

—Tienes razón —dijo—, estoy borracho.

El joven se levantó con dos armas que había seleccionado y se volvió para mirar al viejo.

—Si tuvieses dos ojos, verías doble. Ten, cógela.

Y al decir esto le lanzó un arma al viejo quien estiró una mano para atraparla justo a la vez que la pistola golpeaba la pared tras él y caía al suelo.

Cullis parpadeó.

—Creo —dijo— que me gustaría volver bajo la mesa.

El joven se acercó, recogió la pistola, la comprobó de nuevo, se la pasó al hombre mayor y le hizo abrazarla. Entonces condujo a Cullis hasta la pila de armas y ropas.

El viejo era más alto que el joven, y tanto su ojo bueno como el malo, que era en realidad una micropistola ligera, observaron al joven mientras cogía un par de bandoleras de munición del suelo y las colgaba del hombro del viejo. El joven hizo una mueca mientras Cullis lo observaba; alzó una mano y volvió el rostro del viejo hacia otro lado. Entonces, de uno de los bolsillos del pecho de la chaqueta grande de mariscal de campo extrajo lo que parecía, y era, un parche blindado. Ajustó la tira con cuidado sobre la cabeza canosa y rapada del hombre más alto.

—¡Dios mío! —jadeó Cullis—. ¡Me he quedado ciego!

El joven alzó la mano y ajustó el parche.

—Perdón. Ojo equivocado.

—Así está mejor. Es probable que aún estén fuera. —El viejo se levantó tomando resuello—. ¿Dónde están esos cabrones?

Aún farfullaba. Al joven le dieron ganas de aclararle la garganta.

—No consigo verlos. Puede que aún estén fuera. La lluvia de ayer mantiene el polvo en el suelo. —El joven puso otra arma sobre el hombro de Cullis.

—Bastardos.

—Sí, Cullis. —Añadió otro par de cajas de munición a las armas que acunaba el viejo en los brazos.

—Bastardos de mierda.

—Así es, Cullis.

—Los... ¿Sabes?, me vendría bien un trago.

Cullis se tambaleó. Miró las armas acunadas en sus brazos, como si intentara averiguar el modo en el que habían aparecido allí.

El joven se dio la vuelta para alzar más pistolas de la pila, pero cambió de idea cuando oyó un gran estrépito como de algo que se rompía a su espalda.

—¡Mierda! —murmuró Cullis desde el suelo.

El joven fue hacia el aparador repleto de botellas. Cargó todas las que pudo encontrar y volvió adonde Cullis roncaba pacíficamente bajo una montaña de pistolas, cajas, bandoleras de munición y restos de astillas oscuras de la silla de la que acababa de desplomarse. Apartó los restos que cubrían el cuerpo del viejo y desabrochó un par de botones de la enorme chaqueta de mariscal de campo; a continuación, colocó las botellas dentro, entre la chaqueta y la camisa.

Cullis abrió el ojo y lo observó un rato.

—¿Qué hora has dicho que era?

Abotonó la chaqueta de Cullis hasta la mitad.

—Hora de irnos, creo.

—Ajá. Nada que objetar. Tú sabes qué es lo mejor, Zakalwe. —Cullis cerró el ojo de nuevo.

El joven al que Cullis había llamado Zakalwe caminó deprisa hasta el extremo de la gran mesa, que estaba cubierta por una manta bastante limpia. Sobre ella había un rifle impresionante; lo recogió y volvió hasta aquella forma grande y vulgar que roncaba sobre el suelo. Agarró al viejo del cuello de la chaqueta y retrocedió hasta la puerta en el otro extremo del salón, mientras arrastraba a Cullis con él. Se detuvo para recoger la bolsa manchada de aceite que estaba llena de las armas que había seleccionado anteriormente y se la colgó de un hombro.

Había arrastrado a Cullis hasta la mitad del salón cuando el viejo se despertó, y con el ojo bueno le lanzó una legañosa mirada de arriba abajo.

—Oye.

—¿Qué, Cullis? —gruñó, tirando de él un par de metros más.

Cullis miró alrededor del tranquilo y blanco salón mientras se deslizaba por él.

—¿Aún crees que bombardearán este lugar?

—Ajá.

El hombre de pelo cano agitó la cabeza.

—Qué va —dijo.

Tomó aliento.

—Qué va —repetió agitando la cabeza—. Nunca.

—La evidencia se acerca —murmuró el joven, mirando alrededor.

Sin embargo, el silencio continuó hasta que llegaron a las puertas que el joven abrió de una patada. Las escaleras que conducían hacia abajo, hasta la recepción trasera y el patio, eran de brillante mármol verde ribeteado con ágatas. Comenzó a descender, el armamento y las botellas resonaban, los rifles botaban. Arrastraba a Cullis escalón a escalón mientras los talones del grandullón iban dando golpes y arañando el suelo con el avance.

El viejo gruñía con cada golpe. En una ocasión murmuró:

—Coño, no tan fuerte, mujer.

El joven se detuvo en ese instante y miró al viejo que roncaba y babeaba saliva por la comisura de los labios. El joven agitó la cabeza y continuó.

Al tercer descansillo se detuvo para beber y permitió que Cullis roncara tranquilo. Una vez se sintió lo bastante recuperado, continuó el descenso. Aún se estaba lamiendo los labios y acababa de agarrar a Cullis del cuello de la chaqueta, cuando se oyó un silbido que aumentaba y se intensificaba. Se lanzó al suelo y se echó a Cullis a medias por encima.

La explosión ocurrió tan cerca como para romper los ventanales y desprender trozos de escayola que cayeron con elegancia a través de los rayos de luz en forma de cuña y golpearon con delicadeza las escaleras.

—¡Cullis! —Agarró de nuevo el cuello de la chaqueta del otro hombre y saltó hacia atrás por las escaleras.

—¡Cullis! —Gritó, mientras resbalaba por el rellano a punto de caerse—. ¡Cullis, viejo gilipollas dormilón! ¡Despierta!

Otro aullido descendente rasgó el aire; todo el palacio se sacudió con la detonación y una ventana explotó por encima de sus cabezas; trozos de escayola y cristal llovieron sobre las escaleras. Medio en cuclillas y aún tirando de Cullis, se tambaleó y maldijo durante otro tramo de peldaños.

—¡Cullis! —rugió, moviéndose aprisa por alcobas vacías y murales bucólicos excelentemente pintados—. Que te jodan capullo geriátrico, ¡despierta!

Se deslizó por otro descansillo, las botellas restantes resonaban con fuerza y el enorme rifle arrancaba trozos de los paneles decorativos. De nuevo se oyó un silbido que se intensificaba; todo estaba blanco debido al polvo en suspensión. Se acuclilló y vio que Cullis estaba sentado quitándose fragmentos de escayola del pecho y restregándose el ojo bueno. Otra explosión resonó más lejos.

Cullis parecía afligido. Agitó una mano entre el polvo.

—Esto no es niebla y eso no era un trueno, ¿verdad?

—Verdad —gritó, mientras saltaba escaleras abajo.

Cullis tosió mientras se tambaleaba tras él.

Se acercaban más obuses una vez llegó al patio. Uno explotó a su izquierda justo cuando salía del palacio. Se montó en el semioruga e intentó arrancarlo. El proyectil voló el tejado de los apartamentos reales. Una lluvia de tejas de pizarra

y azulejos martilleó el patio y los fragmentos se convirtieron en pequeñas nubes de polvo tras realizar su propia explosión tributaria. Se puso una mano sobre la cabeza y buscó un casco en el suelo del asiento del pasajero. Un enorme trozo de mampostería rebotó en el capó del vehículo sin techo, dejando una considerable abolladura y una nube de polvo.

—Oh... mieceerda —dijo al encontrar por fin el casco y colocárselo en la cabeza.

—¡Bastardos de mie...! —gritó Curtis, mientras tropezaba y rodaba por el suelo antes de alcanzar la semioruga.

Lanzó un juramento y se arrastró hasta la máquina. Otro proyectil y aún otro más chocaron contra los apartamentos de la izquierda.

Las nubes de polvo provocadas por el bombardeo flotaban a través de las fachadas de los edificios. La luz del sol recortó un enorme gajo a través del caos del patio e iluminó poco a poco las sombras.

—Creí de verdad que atacarían los edificios del Parlamento —dijo Cullis suavemente.

Miraba los restos en llamas de un camión al otro lado del patio.

—No lo hicieron. —Golpeó de nuevo el contacto mientras le gritaba.

—Estabas en lo cierto —suspiró Cullis con aspecto desconcertado—. ¿Cuál era esa apuesta que teníamos?

—¿Qué importa? —rugió.

Pateaba en algún lugar bajo el salpicadero. El motor del semioruga resucitó con un temblor.

Cullis se sacudía escamas de azulejo del pelo mientras su camarada se ataba el casco y le pasaba otro. Cullis lo aceptó con alivio y comenzó a abanicarse el rostro con él, mientras se daba golpecitos en el pecho sobre el corazón como si se infundiese ánimo.

Entonces sacó la mano y contempló con incredulidad el cálido líquido rojo que la cubría.

El motor se paró. Cullis oyó al otro hombre que estaba agachado insultar y golpear de nuevo el contacto. El motor tosió y chisporroteó, uniéndose al silbido de los obuses.

Cullis bajó la mirada hacia el asiento sobre el que estaba sentado mientras las explosiones retumbaban lejos entre el polvo. El semioruga tembló.

El asiento estaba teñido de rojo.

—¡Médico! —gritó.

—¿Qué?

—¡Un médico! —Cullis gritó por encima del estruendo de otra explosión con la mano manchada de rojo extendida—. ¡Zakalwe! ¡Estoy herido!

Tenía el ojo bueno completamente abierto por la conmoción. Le temblaba la mano.

El joven parecía exasperado y apartó la mano de Cullis con un manotazo.

—¡Eso es vino, idiota!

Se abalanzó hacia adelante, sacó una botella de la túnica del viejo y la dejó caer sobre su regazo.

Cullis bajó la mirada con sorpresa.

—¡Oh! —dijo—. Bien.

Echó un vistazo dentro de la chaqueta y con cuidado sacó unos trozos de cristal.

—Me preguntaba por qué me quedaba tan ajustada la chaqueta —farfulló.

El motor arrancó de repente, rugiendo como si estuviese enfurecido por el temblor de la tierra y el azote del viento. Las explosiones del jardín enviaron chorros pardos de tierra y trozos de estatuas quebradas por encima de la pared del patio que aterrizaron dispersos alrededor de ellos como meteoritos.

Luchó con la palanca de cambio hasta que la tracción se enganchó y casi los lanzó a él y a Cullis fuera del semioruga por el empuje. El vehículo los sacó del patio hacia la polvorienta carretera que había más allá. Segundos más tarde la mayor parte del gran salón se desplomó bajo el peso combinado de una docena más o menos de piezas de artillería pesada, y se destrozó contra el patio, llenándolo, así como a las áreas de alrededor, de astillas de madera, piedras y más nubes de polvo.

Cullis se rascó la cabeza y murmuró en el casco en el que acababa de vomitar.

—Cabrones.

—Así es, Cullis.

—Cabrones de mierda.

—Sí, Cullis.

El semioruga giró por una esquina y rugió en dirección al desierto.

1

El buen soldado

Atravesó la sala de turbinas rodeada por un círculo en constante cambio de amigos, admiradores y animales, como una nebulosa congregada alrededor de su atractivo foco, mientras hablaba a sus invitados, daba instrucciones al personal, hacía sugerencias y ofrecía cumplidos a los muchos y variados artistas. La música llenaba de ecos el espacio por encima de las antiguas máquinas brillantes que yacían en silencio entre la charlatana multitud de asistentes vestidos de etiqueta para la ocasión. Se inclinó con elegancia y sonrió ante un almirante que pasaba e hizo girar una delicada flor negra en su mano al tiempo que se colocaba el capullo en la nariz para aspirar su penetrante fragancia.

Dos de los hralzs a sus pies saltaron dando chillidos con las pezuñas delanteras intentando encontrar palanca en el suave regazo de su vestido de gala. Los brillantes hocicos se elevaban hacia la flor. Ella se inclinó, dando golpecitos a ambos animales en el morro con la flor haciendo que volvieran al suelo estornudando y agitando la cabeza. La gente que la rodeaba se rió. Se agachó, el vestido largo como una campana, restregó con las manos el pelo de uno de los animales y le agitó las orejas. Alzó la cabeza hacia el mayor-domo quien se acercaba hacia ella abriéndose camino con deferencia entre el gentío.

—¿Sí, Maikril?

—El fotógrafo del *Systems Times* —dijo el mayor-domo en voz baja.

Se enderezó mientras ella se alzaba y la miró de abajo arriba, con la barbilla al nivel de los hombros desnudos de ella.

—¿Admite su derrota? —sonrió.

—Así creo, señora. Solicita audiencia.

Ella se rió.

—Muy bien expresado. ¿Cuántas hemos conseguido esta vez?

El mayor-domo se acercó un poco más y miró con nerviosismo a uno de los hralzs que le gruñía.

—Veintidós cámaras de vídeo, señora, unas cien de foto fija.

Ella acercó su boca de modo conspirativo al oído del mayor-domo y dijo:

—Sin contar las que encontramos en nuestros invitados.

—Así es, señora.

—¿Hablaré con... él? ¿Ella?

—Él, señora.

—Con él más tarde. Dile que en diez minutos, recuérdamelo en veinte. Atrio occidental.

Ella miró la única pulsera de platino que llevaba. Al reconocer sus retinas, un diminuto proyector disimulado en forma de esmeralda proyectó dos conos gemelos que se dirigían directamente a sus ojos, los cuales mostraban el plano holográfico de una vieja central eléctrica.

—Por supuesto, señora —dijo Maikril.

Ella le tocó el brazo y susurró:

—Nos dirigiremos directamente al arboreto, ¿de acuerdo?

La cabeza del mayor-domo apenas se movió para indicar que lo había oído. Ella se volvió con pesar hacia la gente que la rodeaba, con las manos juntas como si suplicara.

—Lo siento, ¿me pueden excusar un momento?

Ladeó la cabeza sonriendo.

—Hola. ¿Qué hay? Hola. ¿Cómo está?

Camaron de prisa a través de la fiesta, pasando por los grises arco iris de los surtidores de droga y los estanques con fuentes que salpicaban vino. Ella iba delante acompañada por el crujir de la falda, mientras el mayor-domo se esforzaba por seguir el ritmo de sus largas piernas. Movía la mano hacia quienes la saludaban: ministros de Gobierno y sus acompañantes, dignatarios extranjeros y agregados, estrellas mediáticas de todo tipo, revolucionarios y gerifaltes de la Marina, capitanes de la industria y el comercio y sus accionistas más extravagantemente adinerados. Los hralzs mordisqueaban ligeramente los talones del mayor-domo, sus garras se deslizaban en el pulido suelo de mica haciendo que trotasen desgarbados. Solo avanzaban con seguridad cuando encontraban una de las muchas alfombras de incalculable valor que se encontraban esparcidas por la sala de turbinas.

A los pies de la escalera que conducía al arboreto, oculta del salón principal por la carcasa más oriental de la dinamo, se detuvo, le dio las gracias al mayor-domo, ahuyentó a los hralzs, se arregló su perfecta cabellera, alisó el immaculado vestido y comprobó que la única piedra blanca en la gargantilla estuviera centrada, como así era. Comenzó a descender por los escalones hacia las grandes puertas del arboreto.

Uno de los hralzs gimió desde lo alto de las escaleras. Se ponía una y otra vez a dos patas para volver a caer con los ojos llenos de lágrimas.

Ella miró hacia atrás irritada.

—¡Silencio, *Bouncer!* ¡Vete!

El animal bajó la cabeza y se alejó con un resoplido.

Cerró las puertas con cuidado tras ella y observó la silenciosa extensión de sensual follaje que presentaba el arboreto.

En el exterior de la alta curva de cristal de la cúpula parcial, la noche se mostraba oscura. Unas pequeñas y nítidas luces brillaban sobre altos mástiles dentro del arboreto, proyectando dentadas y profundas sombras entre las copiosas plantas. El aire era cálido y olía a tierra y a savia. Aspiró profundamente y caminó hacia el extremo del recinto.

—Hola.

El hombre se volvió con rapidez y se la encontró justo detrás de él, apoyada contra un mástil de luz, los brazos cruzados, una leve sonrisa en los labios y en los ojos. Tenía el pelo de un negro azulado, del mismo color que los ojos, la piel bronceada y parecía más delgada que en las noticias, a pesar de que por su altura podría haber parecido un poco gruesa. Él era alto y muy flaco, y tenía una palidez poco de moda, además de que la mayoría de la gente habría pensado que tenía los ojos demasiado juntos.

Observó la hoja de delicado diseño que aún sostenía en una mano de aspecto frágil, entonces la soltó con una sonrisa insegura, y salió del arbusto de flores extravagantes que había estado inspeccionando. Se frotó las manos, parecía tímido.

—Lo siento, yo... —Gesticuló con nerviosismo.

—Está bien —dijo ella, extendiendo la mano y estrechándosela—, usted es Relstoch Sussepin, ¿cierto?

—Eh... sí —dijo, con evidente sorpresa.

Aún sostenía su mano. Se dio cuenta de ello, y al soltarla con rapidez pareció aún más incómodo.

—Diziet Sma. —Ella inclinó la cabeza un poco, muy despacio, sin dejar de mirarlo, permitiendo que la melena que le llegaba a los hombros se balancease.

—Sí, lo sé, por supuesto. Eh... encantado de conocerla.

—Bien —asintió—. Igualmente. He oído su obra.

—¡Oh! —Pareció complacido como un niño y dio una palmada en un gesto del que pareció no ser consciente—. Oh. Es muy...

—No he dicho que me guste —dijo ella, con una leve sonrisa en la comisura de la boca.

—Ah —dijo de repente, alicaído.

Qué cruel.

—Pero me gusta mucho —añadió, y, de repente, transmitió con su expresión una contrición divertida, incluso conspirativa.

Él sonrió y ella sintió que algo se relajaba en su interior. Todo iba a ir bien.

—Me preguntaba por qué había sido invitado —confesó, y los hundidos ojos mostraron cierto brillo—. Todo el mundo aquí parece tan... —se encogió de hombros— importante. Por eso yo...

Agitó la mano de forma extraña hacia la planta detrás de él que había estado inspeccionando.

—¿No cree usted que los compositores deban ser considerados importantes? —preguntó, reprendiéndolo con cariño.

—Bueno... comparado con todos esos políticos y almirantes y ejecutivos... En términos de poder, quiero decir... Y ni siquiera soy un músico muy conocido. Habría pensado que Savntreig, o Khu, o...

—Es cierto que han compuesto sus carreras muy bien —concedió ella.

Él se detuvo un instante, entonces soltó una risa breve y bajó la mirada. Tenía el pelo muy fino, y lanzaba destellos con la luz de los altos mástiles. Ahora fue ella la que le acompañó riendo. Quizá era el momento de mencionar el encargo, en lugar de dejarlo para el próximo encuentro, momento en el que ella rebajaría el precio, a pesar de que en aquel instante fuese una cantidad remota, a algo más acorde con una relación de amistad... o incluso dejarlo para un encuentro privado, aún más tarde, cuando estuviera segura de que lo tenía cautivado.

¿Cuánto tendría que alargar aquello? Él era lo que ella quería, pero significaría mucho más tras una emotiva amistad; ese intercambio largo y exquisito de confidencias cada vez más íntimas, la lenta acumulación de experiencias compartidas, la danza lánguida y vertiginosa de la atracción, cerca y lejos, cerca y lejos, atrayéndolo cada vez más cerca, hasta que la indolencia se sublimara en el envolvente ardor de la consumación.

Él la miró a los ojos y dijo:

—Me halaga, señorita Sma.

Ella le devolvió la mirada, elevando un poco la barbilla, consciente por completo de cada matiz en su lenguaje corporal que traducía con sumo cuidado. Hubo una expresión en su rostro que ya no le parecía a ella tan infantil. Sus ojos le recordaron a la piedra de la pulsera. Se sintió un poco divertida y respiró profundamente.

—¡Ejem!

Ella se quedó inmóvil.

La palabra había sido pronunciada desde detrás. Vio como la mirada de Sussepin vacilaba y cambiaba.

Sma mantuvo su serena expresión mientras se daba la vuelta para después lanzar una mirada de furia a la carcasa gris y blanca del dron como si quisiese agujerearla.

—¿Qué? —dijo con una voz que podría haber astillado el acero.

El dron era del tamaño —y tenía casi la misma forma— que una pequeña maleta. Flotó hacia su rostro.

—Problemas, nena —dijo.

Se apartó a un lado con viveza, inclinando el cuerpo de modo que parecía que contemplase las alturas entintadas del cielo tras la semiesfera de cristal.

Sma bajó la vista hacia el suelo de ladrillo del arboreto con los labios apretados. Solo se le escapó un leve temblor de cabeza.

—Señor Sussepin —sonrió, extendiendo las manos—, me temo que... ¿podrá...?

—Por supuesto. —Se marchó con rapidez, asintiendo una vez.

—Quizá podamos hablar más tarde —dijo ella.

Se volvió mientras retrocedía.

—Sí, me... eso sería...

Pareció perder la inspiración, asintió de nuevo con nerviosismo y caminó deprisa hacia las puertas al otro extremo del arboreto. Salió sin mirar atrás.

Sma dio media vuelta y encaró al dron, que ahora zumbaba de manera inocente y contemplaba en apariencia las profundidades de una flor de colores chillones con el rechoncho hocico medio enterrado en el capullo. Se dio cuenta de que ella lo miraba y alzó la vista. Estaba de pie con las piernas separadas y un puño en la cadera.

—«¿Nena?»

El campo de aura del dron relampagueó. La mezcla de pesar púrpura y desconcierto metálico como el de un arma no parecía nada convincente.

—No sé, Sma... se me escapó. Ha sido un desliz.

Sma pateó una rama seca, clavó al dron con una mirada y dijo:

—¿Y bien?

—Esto no te va a gustar —dijo el dron en voz baja mientras se retiraba un poco y se oscurecía afligido.

Sma dudó. Apartó por un momento la mirada y bajó de repente los hombros. Se sentó sobre la raíz de un árbol. El vestido se arrugó a su alrededor.

—Se trata de Zakalwe, ¿verdad?

El dron relampagueó con un arco iris de sorpresa. La reacción fue tan rápida, pensó ella, que incluso podría haber sido genuino.

—Cielo santo —dijo—. ¿Cómo...?

Ella hizo un gesto quitándole importancia a la pregunta.

—No sé. El tono de voz. La intuición humana... Ya iba tocando. La vida estaba siendo demasiado divertida.

Cerró los ojos y descansó la cabeza contra la rugosa corteza del árbol.

—¿Y bien?

El dron Skaffen-Amtiskaw descendió hasta el nivel del hombro de ella y flotó a su lado. Ella lo miró.

—Lo necesitamos de vuelta —le dijo.

—Me imaginaba algo parecido. —Sma suspiró, apartando a un insecto que se le había posado en el hombro.

—Bueno, sí. Me temo que ninguna otra cosa servirá; tiene que ser él personalmente.

—Vale, pero ¿he de ser yo?

—Ese ha sido... el consenso.

—Estupendo —dijo Sma con amargura.

—¿Te informo de lo demás?

—¿Mejora?

—La verdad es que no.

—Joder. —Sma juntó las manos en el regazo y se las frotó de arriba abajo—. Será mejor que me lo digas todo del tirón.

—Tendrías que salir mañana.

—¡Coño, drone, venga ya! —Enterró la cabeza entre las manos.

Alzó de nuevo la mirada.

—Estás de broma.

—Me temo que no.

—¿Y qué hay de todo esto? —Hizo un gesto hacia las puertas de la sala de turbinas—. ¿Qué pasa con la conferencia de paz? ¿Qué hay de toda esa gentuza emperifollada y de ojillos ansiosos? ¿Qué pasa con los tres años de trabajo? ¿Qué coño pasa con el planeta entero...?

—La conferencia continuará.

—Oh, claro, pero ¿qué pasa con ese «papel fundamental» que supuestamente iba yo a representar?

—Ah —dijo el drone, colocando la ramita justo delante de la banda sensorial que tenía en el frontal de la carcasa—, bueno...

—¡Oh, no!

—Mira, sé que no te gusta...

—No, drone, no...

Sma se levantó de repente y fue hasta el extremo de la pared de cristal a contemplar la noche.

—Dizzy... —dijo el drone, acercándose.

—No empieces con lo de «Dizzy».

—Sma... no es real. Es un doble; electrónico, mecánico, electromecánico, químico; una máquina; una máquina dirigida por control mental, no está viva en sí misma. No es un clon o...

—Sé lo que es, drone —dijo, uniendo las manos tras la espalda.

El drone se acercó flotando aún más, colocó sus campos en sus hombros y la apretó con dulzura. Ella se libró del abrazo y bajó la mirada.

—Necesitamos tu permiso, Diziet.

—Sí, también lo sé.

Alzó la mirada hacia las estrellas que estaban doblemente ocultas, por una nube y por las luces del arboreto.

—Por supuesto, puedes quedarte si quieres. —La voz del drone era grave, con resentimiento—. La conferencia de paz es ciertamente importante; necesita... a alguien que suavice las cosas. Eso es indudable.

—¿Y qué coño es tan importante como para salir a toda prisa mañana?

—¿Recuerdas Voerenhutz?

—Recuerdo Voerenhutz —dijo, con la voz plana.

—Bueno, la paz duró cuarenta años, pero se está rompiendo. Zakalwe trabajó con un hombre llamado...

—¿Maitchigh? —Frunció el ceño y giró la cabeza a medias hacia el dron.

—Beychae. Tsoldrin Beychae. Llegó a presidente del cúmulo de galaxias tras nuestra actuación. Mientras estuvo en el poder mantuvo unido el sistema político, pero se retiró hace ocho años, antes de que le tocara, para perseguir una vida de estudio y contemplación. —El dron emitió un suspiro—. Las cosas desde entonces han vuelto a ser como eran, y en este momento Beychae vive en un planeta cuyos líderes son sutilmente hostiles a las fuerzas que Zakalwe y Beychae representaban y que nosotros apoyábamos. Estos líderes están tomando una preponderancia fundamental en la división en facciones del cúmulo. Hay varios conflictos menores en marcha y muchos más en fase larvaria. El estallido de una guerra global que incluya a todo el cúmulo es, como ellos mismo dicen, inminente.

—¿Y Zakalwe?

—Básicamente, se trata de una Excursión. Ir al planeta, convencer a Beychae de que se le necesita, o por lo menos conseguir que declare cierto interés. Pero puede comportar cierta intervención física y la complicación añadida de que es posible que cueste bastante convencer a Beychae.

Sma meditó sobre aquello, aún contemplando la noche.

—¿No podemos llevar a cabo los trucos habituales?

—Los dos hombres se conocen demasiado como para usar cualquier otra cosa que no sea el Zakalwe real... Lo mismo pasa con Tsoldrin Beychae y la maquinaria política en todo el sistema. Demasiados recuerdos implicados.

—Sí —murmuró Sma—, demasiados recuerdos.

Se frotó los hombros desnudos como si tuviera frío.

—¿Y qué hay de usar armas potentes?

—Estamos reuniendo una flota nebular. El núcleo está formado por un vehículo de sistema limitado y tres unidades generales de contacto estacionadas alrededor del cúmulo, además de tener a unas ochenta UGC más en camino a un mes de distancia en caso de necesitar una intervención rápida. Para el año que viene debería haber cuatro o cinco VGS en un rango de intervención de dos a tres meses. Pero su utilización sería el ultimísimo recurso.

—La cifras de megamuerte no están claras, ¿eh? —Sma sonaba mordaz.

—Si quieres expresarlo de ese modo —dijo Skaffen-Amtiskaw.

—Maldita sea —dijo Sma en voz baja, cerrando los ojos—. ¿A qué distancia está Voerenhutz? Se me ha olvidado.

—A tan solo cuarenta días, pero tenemos que recoger primero a Zakalwe; digamos que... noventa días para el viaje de ida completo.

Ella se dio la vuelta.

—¿Quién controlará al suplente si la nave me lleva? —Su mirada apuntó al cielo.

—La *Tan solo es una prueba* se quedará aquí en cualquier caso —dijo el dron—. El piquete ultrarrápido *Xenófobo* ha sido puesto a tu disposición. Puede ascender mañana, justo después de medio día, más temprano... si así lo deseas.

Sma se quedó quieta un instante, los pies juntos y los brazos cruzados, los labios apretados y el rostro contraído. Skaffen-Amtiskaw llevó a cabo una introspección y decidió que sentía pena por ella.

La mujer estuvo inmóvil y en silencio unos cuantos segundos; entonces, de manera abrupta, comenzó a caminar a grandes pasos hacia las puertas de la sala de turbinas acompañada por el repiqueteo de los tacones sobre el camino de ladrillo.

El drone flotó tras ella y se colocó cerca de su hombro.

—Lo que desearía es que tuvieses un poco más de sentido de la oportunidad.

—Lo siento. ¿Interrumpí algo?

—No, en absoluto. ¿Y qué diantres es un «piquete ultrarrápido»?

—Es el nuevo nombre de las unidades de ofensiva rápida (desmilitarizadas) —dijo el drone.

Ella le lanzó una mirada. Tembló y encogió los hombros.

—Se supone que suena mejor.

—Y se llama el *Xenófobo*. Vale, perfecto. ¿Puede el sustituto incorporarse de inmediato?

—Mañana al mediodía. ¿Puedes dar parte...?

—Mañana por la mañana —contestó Sma.

El drone la rodeó rápidamente y abrió las grandes puertas mediante una succión. Ella las atravesó y, con la falda recogida por delante, subió a saltos las escaleras que conducían a la sala de turbinas. Los hralzs doblaron la esquina de la sala patinando y la rodearon dando aullidos y saltos. Sma se detuvo mientras daban vueltas a su alrededor olisqueando el dobladillo y tratando de lamerle la mano.

—No —le dijo al drone—. Pensándolo mejor, escanéame esta noche cuando yo te diga. Me libraré de toda esta gente pronto si me es posible. Ahora voy a buscar al embajador Onitnert. Haz que Maikril le diga a Chuzleis que ha de llevar al ministro hasta el bar en la turbina uno dentro de diez minutos. Presenta mis disculpas a los periodistas del *System Times*, haz que los lleven a la ciudad y los liberen. Dale una botella de flor de noche a cada uno. Cancela la entrevista con el fotógrafo, dale una cámara de foto fija y permítele hacer... sesenta y cuatro fotografías, ha de requerir permiso total. Haz que alguien masculino de personal encuentre a Relstoch Sussepin le invite a mi apartamento dentro de dos horas. Ah, y...

Sma se calló de repente y se acuclilló para acunar el largo hocico de uno de los quejosos hralzs con las manos.

—*Gainly, Gainly*, lo sé, lo sé —dijo, mientras el animal con el vientre hinchado gemía y le lamía la cara—. Quería haber estado aquí para ver nacer a tus bebés, pero no puedo...

Suspiró, abrazó al animal y le sostuvo la barbilla con una mano.

—¿Qué voy a hacer, *Gainly*? Podría hacer que durmieras hasta mi regreso, y nunca sabrías... pero todos tus amiguitos te echarían de menos.

—Ponlos a todos a dormir —sugirió el dron.

Sma negó con la cabeza.

—Tú cuidarás de ellos hasta que vuelva —cogió al otro hralz—. ¿De acuerdo? Besó la nariz del animal y se levantó. *Gainly* estornudó.

—Dos cosas más, dron —dijo Sma mientras caminaba rodeada de la nerviosa manada.

—¿Qué?

—No me llares «nena» de nuevo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Algo más?

Rodearon la masa brillante de la silenciosa turbina número seis, Sma se detuvo por un instante y contempló la bulliciosa multitud frente a ella. Respiró profundamente y enderezó los hombros. Sonreía ya cuando avanzó y le dijo muy calmada al dron:

—No quiero que el sustituto se tire a nadie.

—De acuerdo —dijo el robot mientras avanzaban hacia los invitados de la fiesta—. A fin de cuentas es, de alguna manera, tu cuerpo.

—Esa es la clave, dron —dijo Sma mientras asentía a un camarero que se apresuraba a ofrecer una bandeja con bebidas—. No es mi cuerpo.

Los vehículos de tierra y aire flotaban y serpenteaban lejos de la vieja central eléctrica. Las personas importantes se habían marchado. Quedaban unos cuantos rezagados en la sala, pero no la necesitaban. Se sintió agotada, y secretó un poco de *snap* con sus glándulas para animarse.

Desde el balcón sur de los apartamentos construidos en el edificio de administración de la central, contempló el profundo valle y la línea de luces traseras de los vehículos a lo largo de la avenida Riverside. Una aeronave silbó en el cielo, se ladeó y desapareció sobre el alto y curvo borde de la vieja presa. Tras verla desaparecer se volvió hacia las puertas del ático, se quitó la pequeña chaqueta de etiqueta y se la colocó al hombro.

En el interior de la suntuosa *suite* bajo el techado jardín sonaba música. Pero se dirigió al estudio donde la aguardaba Skaffen-Amtiskaw.

El escaneo para actualizar al suplente solo duró un par de minutos. Ella volvió en sí con la típica sensación de incomodidad, pero se le pasó rápido. Se quitó los zapatos de una patada y caminó en silencio por el pasillo de tenue oscuridad hacia la música.

Relstoch Sussepin se levantó del asiento en el que se sentaba. Aún sostenía una brillante copa de flor de noche. Sma se detuvo en la puerta.

—Gracias por quedarse —dijo, mientras dejaba la pequeña chaqueta sobre un sofá.

—No es nada.

Acercó la copa con la brillante bebida a sus labios, entonces pareció vacilar, y en lugar de ello, la acunó entre las manos.

—¿Qué... hay algo, en concreto, que usted...?

Sma sonrió, con un punto de tristeza, y puso ambas manos sobre los brazos de un enorme sillón giratorio que estaba delante de ella. Bajó la mirada hacia el cojín de cuero.

—Quizá esté ahora halagándome a mí misma. Pero, para no andarme con rodeos... —Alzó la mirada—. ¿Le gustaría follar?

Relstoch Sussepin se quedó de piedra. Tras un momento alzó el vaso y tomó un largo y lento trago, entonces bajó el vaso de nuevo.

—Sí —dijo—. Sí, me gustaría... ahora mismo.

—Solo puede ser esta noche —dijo ella alzando una mano—. Solo esta noche. Es difícil de explicar, pero a partir de mañana... durante quizá medio año o más, voy a estar tremendamente ocupada. Será como estar en dos sitios a la vez, ¿me entiende?

Él se encogió de hombros.

—Claro. Lo que usted diga.

Sma se relajó entonces, y en su rostro apareció, de manera gradual, una sonrisa. Giró el sillón, se quitó la pulsera de la muñeca y la dejó caer en el asiento. Entonces, con delicadeza se desabrochó la parte superior del vestido y se quedó de pie.

Sussepin se acabó la copa, la dejó sobre una estantería, y caminó hacia ella.

—Luces —susurró ella.

Las luces se atenuaron lentamente hasta que por fin los posos de la bebida hicieron que la copa sobre el estante fuese el objeto más brillante de la habitación.

XIII

—Despierte.

Despertó.

Oscuridad. Se puso rígido bajo las mantas preguntándose quién le había hablado así. Nadie le hablaba en ese tono, ya no; incluso adormilado, despertando de manera inesperada en lo que debía ser mitad de la noche, percibió algo en aquel tono que no había oído en dos, quizá tres décadas. Impertinencia. Falta de respeto.

Sacó la cabeza del cobertor al cálido ambiente de la habitación y miró alrededor bajo la penumbra de una sola luz, para ver quién se había atrevido a dirigirle tales palabras. El miedo repentino —¿alguien había atravesado a los guardias y las pantallas de seguridad?— fue reemplazado por una rabia furiosa por ver quién había tenido la insolencia de hablarle de tal modo.

El intruso se sentaba en un sillón al extremo de la cama. Parecía extranjero de una manera en sí misma extraña. Se trataba de una novedosa especie de rareza, ilocalizable, incluso alienígena. Daba la impresión de ser una proyección ligeramente torcida. Las ropas también parecían extrañas; holgadas, de colores brillantes, incluso bajo la mortecina luz de la lámpara de cabecera. El hombre vestía como un payaso o un bufón, pero su rostro de algún modo demasiado asimétrico, tenía un aspecto... ¿lúgubre? ¿Despectivo? Esa... extrañeza hacía difícil el decidir.

Comenzó a buscar las gafas a tientas, pero solo era la somnolencia lo que le emborronaba los ojos. Los cirujanos le habían proporcionado unos ojos nuevos cinco años atrás, pero los sesenta años en los que había sido corto de vista le habían dejado el acto reflejo de buscar, siempre que se despertaba, unas gafas que ya no estaban allí. Siempre había pensado que era un pequeño precio que pagar, y ahora, con el nuevo tratamiento retroedad... El sueño desapareció de sus ojos. Se incorporó, observó al hombre en el sillón y comenzó a pensar que estaba soñando o viendo a un fantasma.

El hombre parecía joven. Tenía el rostro ancho y moreno, y el pelo oscuro atado tras la cabeza. Pero los pensamientos de espíritus y muertos no le vinieron

a la cabeza por eso, sino por algo en aquellos ojos negros como pozos, y en la compostura alienígena de aquel rostro.

—Buenas noches, etnarca.

La voz del joven era pausada y moderada. Sonaba, de algún modo, como la voz de alguien mucho más viejo, tan viejo como para hacer que el etnarca se sintiese joven en comparación. Sintió un escalofrío. Miró alrededor de la habitación. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo había entrado allí? Se suponía que el palacio era impenetrable. Había guardias por todos lados. ¿Qué pasaba? El miedo volvió.

La chica de la noche anterior permanecía inmóvil al otro extremo de la ancha cama, tan solo era un bulto bajo la colcha. Un par de pantallas apagadas en la pared a la izquierda del etnarca reflejaban el débil brillo de la lámpara de cabecera.

Estaba asustado, pero despierto, y pensaba a toda velocidad. Había una pistola oculta en el cabecero de la cama; el hombre al extremo de la cama parecía no estar armado (entonces, ¿por qué estaba allí?). Pero la pistola representaba una última y desesperada opción. El código de la voz era la clave. Los micrófonos y las cámaras de la habitación estaban en pausa, los circuitos automáticos a la espera de una expresión específica que los activase. A veces quería privacidad, en otras ocasiones prefería grabar algo para él solo, y por supuesto sabía que siempre había la posibilidad de que alguien no autorizado entrase allí, a pesar de las fuertes medidas de seguridad.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, bueno, qué sorpresa. —Su voz uniforme sonaba tranquila.

Sonrió ligeramente, complacido consigo mismo. Su corazón, que hasta hacía once años había pertenecido a una joven y atlética anarquista, latía veloz pero no de manera preocupante. Asintió.

—Esto es una sorpresa —repitió.

Bueno, estaba hecho. En aquel momento una alarma estaría sonando en la sala de control del sótano. Los guardias entrarían en torrente en breves segundos. O puede ser que no se arriesgaran de tal modo y en lugar de ello, liberaran las bombonas de gas del techo, dejándolos a ambos inconscientes bajo una niebla cegadora. Había peligro de que le rompiesen los tímpanos (pensó mientras tragaba), pero siempre podría conseguir un par nuevo de algún disidente sano. Quizá no tuviese ni siquiera que hacer uso de tal opción. Se rumoreaba que la retroedad podría incluir la posibilidad de regenerar partes del cuerpo. Bueno, no tiene nada de malo tener recursos; reservas. Le gustaba la sensación de seguridad que le proporcionaban.

—Bueno, bueno —se oyó decir de nuevo, por si acaso los circuitos no habían recogido el código la primera o la segunda vez—. Vaya si es una sorpresa.

Los guardias deberían aparecer en unos segundos...

El joven vestido con colores chillones sonrió. Se inclinó de manera extraña, y se echó hacia adelante hasta que los codos descansaron sobre el borde del elaborado pie de cama. Movié los labios como para producir lo que había de ser una sonrisa. Metió una mano en uno de los holgados pantalones y sacó una pequeña pistola negra. Apuntó directamente al etnarca y dijo:

—Su código no va a funcionar, etnarca Kerian. Ya no va a haber más sorpresas que usted espera y yo no. El centro de seguridad del sótano está tan inutilizado como todo lo demás.

El etnarca Kerian contempló la diminuta pistola. Había visto pistolas de agua más impresionantes. *¿Qué ocurre? ¿Puede de verdad haber venido para matarme?* El hombre estaba claro que no vestía como un asesino, y seguramente cualquier asesino serio le habría matado mientras dormía. Cuanto más tiempo estuviese aquel tipo allí hablando, más en peligro se encontraría, hubiese o no cortado los enlaces con el centro de seguridad. Así que puede que estuviera loco, aunque probablemente no era un asesino. Era absurdo que un asesino profesional auténtico se comportase de aquel modo, y solo un asesino profesional muy hábil podría haber burlado la seguridad del palacio. De este modo, el etnarca Kerian trataba de apaciguar su corazón que latía fuera de control, como amotinado. *¿Dónde estaban los malditos guardias?* Pensó de nuevo en la pistola oculta en el cabecero decorativo que tenía detrás.

El joven cruzó los brazos, de modo que la pequeña pistola ya no apuntaba al etnarca.

—¿Le importa que le cuente una pequeña historia?

Tiene que estar loco.

—No, no. Cuéntemela —dijo el etnarca con su voz más amistosa y paternalista—. Por cierto, ¿cómo se llama? Parece que en eso tiene ventaja sobre mí.

—Así es, ¿verdad? —contestó la vieja voz que salía de aquellos labios jóvenes—. Son dos historias, pero usted sabe casi todo de una de ellas. Las contaré a la vez. Veamos si sabe diferenciar cuál es cuál.

—Yo...

—*Chsss* —dijo el hombre, colocándose la pistola en los labios.

El etnarca apenas echó un vistazo a la chica en el otro extremo de la cama. Se dio cuenta de que él y el intruso habían hablado en voz bastante baja. Quizá si pudiese conseguir despertar a la chica, podría atraer sus disparos, o al menos lo distraería mientras agarraba la pistola en el cabecero; era más rápido que veinte años atrás gracias al nuevo tratamiento... *¿Dónde coño están esos guardias?*

—¡Ahora atiéndame, joven! —gritó—. ¡Quiero saber qué piensa que está usted haciendo aquí! ¿Eh?

Su voz, una voz que había llenado salones y plazas sin amplificación, rebotó por la habitación. *Joder, los guardias del centro de seguridad en el sótano deberían haberlo oído sin micrófonos.* La chica al otro extremo de la sala no se movió un ápice.

El joven sonreía con satisfacción.

—Están todos dormidos, etnarca. Solo estamos usted y yo. Bueno, pues, esta historia...

—¿Para qué...? —El etnarca Kerian tragó y recogió las piernas bajo la colcha—. ¿Por qué está aquí?

El intruso pareció algo sorprendido.

—Ah, estoy aquí para llevármelo, etnarca. Va a ser usted despedido. Bueno...

Dejó la pistola en la parte superior del pie de cama. El etnarca la contempló. Estaba demasiado lejos como para agarrarla, pero...

—La historia —dijo el intruso recostándose en el sillón—. Érase una vez, más allá del pozo de gravedad y muy, muy lejos, hubo un país mágico donde no había reyes, ni leyes, ni dinero, ni tampoco propiedades, pero donde todo el mundo vivía como príncipes, se comportaban muy bien y no les faltaba de nada. Y esta gente vivía en paz, pero se aburrían, pues así puede pasar en el paraíso después de un tiempo, de modo que comenzaron a llevar a cabo misiones de buenas acciones. Visitas caritativas a los que tenían menos, se podría decir; y siempre intentaban llevar con ellos aquello que consideraban el regalo más preciado: el conocimiento, la información más completa posible, pues aquellas personas eran tan extrañas que despreciaban los rangos y odiaban a los reyes... y toda jerarquía... incluso a los Etnarcas.

El joven sonrió brevemente. También el etnarca. Se restregó la frente y se reclinó más en la cama, como si se pusiera más cómodo. El corazón aún le latía muy fuerte.

—Bueno, por un tiempo, una fuerza terrible amenazó con llevarse sus buenas acciones, pero la resistieron, y vencieron, y salieron del conflicto más fuertes que antes, y si no hubieran sido tan despreocupados con respecto al poder en sí, habrían sido muy temibles, pero el caso es que no lo eran tanto, debido sobre todo a la dimensión de su poder. Y una de las maneras en las que les gustaba ejercer tal poder era interferir en sociedades que ellos pensaban se podían beneficiar de la experiencia, y una de las maneras más efectivas de hacer tal cosa en muchas sociedades era llegar hasta la gente más poderosa.

»Muchas de las personas pertenecientes a tal reino se convirtieron en médicos de grandes líderes, y mediante medicinas y tratamientos que parecían magia a los ojos de las personas comparativamente primitivas con las que trataban, se aseguraban de que aquellos grandes y buenos líderes tuvieran mayores oportunidades de sobrevivir. Así es como preferían trabajar; ofrecer la vida en lugar de repartir muerte. Se les podría llamar blandos, pues son bastante reacios a matar, y es probable que ellos mismos estuvieran de acuerdo, pero son suaves de la misma forma que el océano es suave, y bueno, pregúntele a cualquier capitán marino lo inofensivo y enlenque puede ser el mar.

—Sí, ya veo —dijo el etnarca echándose hacia atrás un poco más mientras colocaba una almohada tras su cuello y comprobaba en qué situación se encontraba con relación al lugar del cabecero donde la pistola estaba oculta.

El corazón le estallaba dentro del pecho.

—Otra cosa que hacen, estas personas, otra forma en la que comercian con la vida antes que con la muerte, es que les ofrecen a los líderes de ciertas sociedades que están atrasadas en cuanto a tecnología lo único que todas las riquezas y el poder de esos líderes no pueden comprar; una cura contra la muerte. Una vuelta a la juventud.

El etnarca miró al joven, de repente más intrigado que aterrizado. ¿Se refería a la retroedad?

—Ajá, comienza a tener sentido, ¿verdad? —El joven sonrió—. Vale, tiene razón. Justo ese mismo proceso por el que usted está pasando, etnarca Kerian. Por el que ha estado pagando este último semestre. ¿Con qué prometió pagar, si es que se acuerda, además de con platino? ¿Se acuerda? ¿Eh?

—No... no estoy seguro —pospuso el etnarca Kerian.

Podía ver con el rabillo del ojo el panel del cabecero donde se encontraba la pistola.

—Prometió detener la matanza en Youricam, ¿recuerda?

—Puede que dijese que revisaría nuestra política de segregación y reasentamiento en el...

—No. —El joven agitó la mano—. Me refiero a las matanzas, etnarca, los trenes de la muerte, ¿recuerda? Los trenes en los que al final del proceso el humo sale por el vagón de cola.

El joven hizo una especie de mueca de desprecio con la boca y sacudió la cabeza.

—¿No le recuerda nada eso? ¿No?

—No tengo ni idea de lo que está hablando —dijo el etnarca.

Las palmas le sudaban y estaban frías y resbaladizas. Las restregó contra las sábanas; la pistola no debía resbalarse si la atrapaba. La del intruso aún estaba sobre el pie de cama.

—Oh, creo que sí. De hecho, sé que sí.

—Si ha habido cualquier exceso por parte de las fuerzas de seguridad, serán totalmente...

—Esto no es una conferencia de prensa, etnarca.

El hombre se inclinó hacia atrás ligeramente, lejos de la pistola que estaba sobre el pie de cama. El etnarca se tensó temblando.

—El hecho es que usted hizo un trato y no lo cumplió. Y aquí estoy para ejecutar la cláusula de castigo. Fue avisado, etnarca. Aquello que es otorgado también puede ser arrebatado.

El intruso se reclinó más en el asiento, recorrió con la mirada la *suite* a oscuras, y asintió hacia el etnarca, mientras entrelazaba las manos tras la cabeza.

—Diga adiós a todo esto, etnarca Kerian. Es usted...

El etnarca se dio la vuelta, golpeó el panel oculto con el codo, y la sección del cabecero giró; arrancó la pistola de la sujeción y la dirigió hacia el hombre. Buscó el gatillo y tiró de él.

No ocurrió nada. El joven lo observaba, con las manos aún detrás del cuello, balanceando lentamente el cuerpo en el sillón.

El etnarca apretó el gatillo unas cuantas veces más.

—Funciona mejor con esto —dijo el hombre.

Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y lanzó sobre la cama una docena de balas a los pies del etnarca.

Las brillantes balas tintinearón al rodar y se concentraron en un pliegue de la colcha. El etnarca Kerian las contempló.

—Le daré lo que sea —dijo con la lengua reseca e hinchada.

Notó que las tripas comenzaban a relajársele, y se retorció con desesperación, sintiéndose de repente de nuevo como un niño, como si la retroedad lo hubiese llevado más atrás en el tiempo.

—Lo que sea. Lo que sea. Puedo darle más de lo que jamás haya soñado. Si puedo...

—No estoy interesado en eso —dijo el hombre agitando la cabeza—. La historia aún no ha acabado. Verá, esta gente, esta gente amable y generosa que es blanda y prefiere tratar con la vida... cuando alguien les falla en algún trato, incluso cuando alguien mata después de haber dicho que no lo haría, aun así, no quiere matar a modo de compensación. Prefieren usar su magia y su valiosa compasión para hacer lo que es mejor. De modo que la gente desaparece.

El hombre se sentaba de nuevo hacia adelante, apoyado contra el pie de cama. El etnarca lo miraba tembloroso.

—Ellos, esta gente amable, ellos hacen desaparecer a los malos —dijo el joven—. Y emplean a gente para que vaya a recoger a los malos y se los lleve. Y a estas personas, los coleccionistas, les gusta que sus coleccionables se mueran de miedo, y suelen vestir... —señaló sus propias ropas de colores variados— de modo informal, y por supuesto, gracias a la magia, nunca tienen problemas para colarse incluso en el palacio mejor vigilado.

El etnarca tragó, y con la mano temblorosa depuso por fin la inútil pistola que sostenía. Las sábanas estaban empapadas en sudor.

—Espere —dijo, intentando controlar la voz—. ¿Está diciendo...?

—Casi hemos llegado al final del cuento —lo interrumpió el joven—. Estas personas amables, a quienes se podría llamar blandos, como digo, deponen a los malos y se los llevan. Y los colocan en un lugar donde no puedan hacer ningún mal. No es un paraíso, pero tampoco es un lugar que se parezca a una cárcel. Y estos malos a veces han de escuchar a los buenos decirles lo malos que han sido, y ya nunca más tienen la oportunidad de cambiar la historia, sino que viven una vida cómoda y segura, y mueren en paz... gracias a estas personas amables.

»Y aunque algunos dirían que estas personas amables son muy blandas, las personas buenas y blandas dirían que los crímenes cometidos por los malos son normalmente tan terribles que no hay manera conocida de hacer que los malos sufran ni siquiera una millonésima parte de la agonía y la desesperación que han causado, de modo que, ¿qué se gana con la retribución? Sería otra obscenidad coronar la vida del tirano con su propia muerte.

El joven pareció un poco preocupado aunque se encogió de hombros.

—Como digo, algunos dirían que son demasiado blandos.

Tomó la pistola de la tabla del pie de cama y se la metió en el pantalón. Se alzó lentamente. El corazón del etnarca aún latía con fuerza, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

El joven se agachó, recogió unas ropas y se las lanzó al etnarca, quien las agarró y las apretó contra el pecho.

—Mi oferta sigue en pie —dijo el etnarca Kerian—. Puedo darle...

—La satisfacción del trabajo bien hecho —suspiró el joven mientras se miraba las uñas—. Eso es todo lo que puede darme, etnarca. No me interesa otra cosa. Vístase; tiene que irse.

El etnarca comenzó a ponerse la camisa.

—¿Está seguro? Creo que he inventado algunos vicios que ni siquiera el viejo Imperio conocía. Estaría dispuesto a compartirlos con usted.

—No, gracias.

—¿Quiénes son esas personas de las que habla? —el etnarca se abrochó los botones—. Y ¿podría saber su nombre?

—Solo vístase.

—Bueno, aún creo que podemos llegar a algún tipo de acuerdo... —El etnarca se abrochó el cuello—. Todo esto es bastante ridículo, aunque supongo que debe estar agradecido de que no sea usted un asesino, ¿verdad?

El joven sonrió y pareció coger algo de una uña. Metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras el etnarca apartaba de una patada la ropa de cama y recogía sus calzones.

—Sí —dijo el joven—. Debe de ser horrible creer que vas a morir.

—No es una experiencia muy agradable —asintió el etnarca metiendo primero una pierna y luego la otra en los pantalones.

—Pero qué alivio, me imagino, cuando se te concede el indulto.

—*Uhm*. —El etnarca soltó una breve risa.

—Un poco como ser rodeado en un pueblo y pensar que te van a disparar... —meditó el joven de cara al etnarca desde los pies de la cama— y que te digan al fin que tu destino no es otra cosa que la reubicación

Sonrió. El etnarca dudó.

—Reubicado, en tren —dijo el hombre, sacando la pequeña pistola del bolsillo—. En un tren en el que va toda tu familia, toda tu calle, todo tu pueblo...

El joven ajustó algo en la pequeña pistola negra.

—... Y por fin no acaba conteniendo otra cosa sino gases de locomotora, y montones de muertos —sonrió levemente—. ¿Qué cree, etnarca Kerian? ¿Algo así?

El etnarca se detuvo, contemplaba la pistola con los ojos muy abiertos.

—Esas buenas personas se hacen llamar la Cultura —explicó el joven—. Y yo siempre pensé que eran muy blandos.

Extendió el brazo que sostenía la pistola.

—Dejé de trabajar para ellos hace tiempo. Ahora voy por libre.

El etnarca contemplaba, en silencio, la oscuridad. Unos ojos ancianos sobre el tambor de la pistola negra.

—Me llamo —dijo el hombre— Cheradenine Zakalwe.

Apuntó con la pistola a la nariz del etnarca.

—Tú te llamas hombre muerto.

Disparó.

...El etnarca había echado la cabeza hacia atrás y había comenzado a gritar, de modo que el disparo le atravesó el paladar antes de explotar dentro del cráneo.

El ornamentado cabecero se llenó de sesos desparramados. El cuerpo se desplomó sobre las sábanas suaves como la piel y tembló mientras la sangre se extendía.

Contempló cómo la sangre se concentraba en charcos. Pestañeó un par de veces.

Entonces, con lentos movimientos, se quitó las ropas chillonas. Las puso en una pequeña mochila negra. Debajo, el traje de una pieza era oscuro.

Cogió la máscara negra mate de la mochila y se la puso alrededor del cuello, pero aún no sobre el rostro. Fue hasta el cabecero de la cama y despegó un pequeño parche transparente del cuello de la chica que dormía, entonces regresó a la parte oscura de la habitación, colocándose la máscara sobre el rostro.

Usando la visión nocturna, quitó el panel que cubría la unidad de control de sistemas de seguridad, y con cuidado extrajo varias cajas pequeñas. Entonces, caminando despacio y en silencio, fue hasta el cuadro pornográfico que ocupaba una pared entera donde se ocultaba la salida de emergencia del etnarca que conducía hasta las alcantarillas y al tejado del palacio.

Se volvió, antes de cerrar lentamente la puerta, y observó la sangre en la superficie curva y artesonada del cabecero. Sonrió levemente, un poco inseguro.

Entonces se deslizó a través de las profundidades de piedra negra del palacio, como si fuera parte de la noche.

La presa formaba una cuña entre las colinas tachonadas de árboles como el fragmento de una enorme copa rota. El sol de la mañana brillaba en el valle, golpeaba en la cara cóncava de la presa gris, y producía una oleada de reflejos blancos de luz. Tras la presa, el lago, que se extendía a medio vaciar, parecía oscuro y frío. El agua llegaba a menos de la mitad del enorme bastión de cemento, y los bosques de más allá habían ocupado la mitad de las pendientes que el agua en ascenso de la presa había inundado tiempo atrás. Había unos veleros amarrados a los embarcaderos alineados a lo largo de una orilla del lago, el agua picada golpeaba los brillantes cascos.

Las aves surcaban el aire describiendo círculos en la calidez del sol que reinaba sobre la oscura presa. Uno de los pájaros se lanzó en picado, deslizándose hacia el borde de la presa y la carretera desierta que recorría su curva cima. El ave extendió las alas justo cuando parecía que iba a colisionar con los blancos raíles que recorrían ambos lados de la carretera; destelló entre los postes moteados de rocío, ejecutó medio giro, abrió parcialmente las alas, y cayó en picado hacia la obsoleta central eléctrica que se había convertido en la grandiosa y excéntrica, por no mencionar deliberadamente simbólica, morada de la mujer llamada Diziet Sma.

El pájaro se equilibró con el vientre hacia abajo en el descenso, y, a nivel con el techo del jardín, desplegó las alas para ofrecer resistencia al aire y aleteó hasta posarse clavando las garras en el alféizar de una ventana de la planta más alta de los apartamentos que ocupaban el viejo edificio de administración.

Con las alas plegadas, la cabeza negra como el hollín ladeada y un ojo pequeño y brillante que reflejaba la luz que desprendía el cemento, el pájaro avanzó a saltitos hacia la rendija de una ventana abierta, donde unas cortinas rojas y suaves aleteaban con la brisa. Metió la cabeza por debajo del dobladillo ondulante y echó un vistazo a la oscura habitación al otro lado.

—Te lo has perdido—dijo Sma con desdén, mientras pasaba en aquel instante junto a la ventana.

Dio un sorbo al vaso de agua que sostenía. Unas gotas de la ducha adornaban como perlas su cuerpo bronceado.

La cabeza del pájaro giró siguiéndola mientras iba hacia el armario y comenzaba a vestirse. La mirada del pájaro giró de nuevo y se centró en el cuerpo masculino que yacía en el aire a menos de un metro sobre la base de la cama pegada al suelo. Dentro de la oscura neblina del campo AG de la cama, la pálida figura de Relstoch Sussepin se removió, y dio media vuelta en el aire. Los brazos flotaban a cada lado, hasta que el débil campo centralizador de su lado de la cama los recogió lentamente de nuevo hacia su cuerpo. En el vestidor, Sma hizo gárgaras con algo de agua y se la tragó.

Cincuenta metros al este, Skaffen-Amtiskaw flotaba en el aire sobre el suelo de la sala de turbinas, inspeccionando los restos de la fiesta. La sección de la mente del drone que controlaba al drone guardia disfrazado de pájaro echó un último vistazo a la filigrana de arañazos sobre los glúteos de Sussepin, y las marcas de dientes a medio desaparecer en los hombros de Sma (mientras se los cubría con una camisa de gasa), y por fin liberó al drone guardia de su control.

El pájaro pió, retrocedió de la cortina de un salto, y cayó revoloteando y presa del pánico desde el alféizar, antes de abrir las alas y volver aleteando sobre la superficie brillante de la presa. Sus estridentes chillidos de alarma rebotaron desde las pendientes de granito y lo aturdieron aún más. Sma oyó el distante eco de conmoción mientras se abotonaba el chaleco y sonrió.

—¿Has dormido bien? —preguntó Skaffen-Amtiskaw al encontrársela en el pórtico del viejo edificio administrativo.

—Estoy bien, pero no he dormido —bostezó Sma.

Ahuyentó a los quejosos hralzs hacia el salón de mármol del edificio, donde Maikril, el mayor-domo, estaba de pie, infeliz con un ramillete de correas. Ella salió a la luz del día enfundándose unos guantes. El drone le abrió la puerta del coche. Llenó los pulmones con el aire fresco de la mañana y bajó corriendo las escaleras acompañada por el repiqueteo de los tacones de las botas. Entró en el coche, hizo una mueca de dolor mientras se colocaba en el asiento del conductor, hizo girar una llave que hizo que el techo se plegase mientras el drone cargaba el equipaje en el maletero. Dio unos golpecitos a los indicadores de la batería en el salpicadero del coche y presionó el acelerador por sentir los motores de las ruedas luchar contra los frenos. El drone cerró el maletero y flotó al interior del asiento trasero. Dijo adiós con la mano a Maikril, que corría detrás de uno de los hralzs por las escaleras al pie de la sala de turbinas y no se dio cuenta. Sma sonrió, pisó el acelerador y soltó los frenos.

El coche salió disparado provocando una lluvia de grava, viró a la derecha bajo los árboles pasando a escasos centímetros de ellos, se abalanzó a través de las puertas de granito de la central con un último temblor de la parte trasera, y aceleró por la avenida Riverside.

—Podríamos haber ido volando —señaló el drone a través del fuerte viento. Pero sospechó que Sma no lo estaba escuchando.

La semántica de la fortificación era pan cultural, pensó Sma, mientras descendía los escalones de piedra desde la muralla del castillo. Alzó la mirada hacia la torre del homenaje con forma de tambor que, sobre una colina en la distancia y tras varias secciones de muralla, ofrecía un aspecto neblinoso. Caminó a través de la hierba, Skaffen-Amtiskaw iba junto a su hombro, y salieron de la fortaleza por una portezuela.

La vista conducía al puerto nuevo y los estrechos, donde los barcos pasaban suavemente bajo el sol del mediodía en su avance hacia el océano o hacia el mar interior, según sus cursos. Desde el otro lado del complejo del castillo, la ciudad revelaba su presencia con un ruido distante y, ya que la brisa procedía de esa dirección, el olor de... bueno, solo podía pensar en la Ciudad, tras tres años allí. Pensaba que todas las ciudades olían diferente.

Diziet Sma se sentó en la hierba con las piernas recogidas bajo la barbilla y miró a través de los estrechos y sus puentes suspendidos en forma de arco que enlazaban con el subcontinente en la otra orilla.

—¿Algo más? —preguntó el drone.

—Sí, retira mi nombre del jurado de los premios de la Academia... y envía una carta evasiva al tipo ese petriano. —Entrecerró los ojos ante el sol—. No se me ocurre nada más.

El drone se colocó delante de ella, arrancó una pequeña flor y jugueteó con ella.

—El *Xenófobo* acaba de entrar en el sistema —le dijo.

—Bueno, que tengas un buen día —dijo Sma con amargura.

Se chupó un dedo y restregó una pequeña mancha de suciedad en la punta de la bota.

—Y ese joven en tu cama acaba de levantarse y le ha preguntado a Maikril adónde has ido.

Sma no dijo nada, aunque le temblaron los hombros y sonrió. Se tumbó en la hierba con un brazo detrás de la cabeza.

El cielo era aguamarina rayado con nubes. Podía oler la hierba y sentir el perfume de las florecillas aplastadas. Alzó la vista hacia atrás, hacia la muralla de color gris oscuro que se alzaba tras ella, y se preguntó si el castillo habría sido alguna vez atacado en un día así. ¿Era posible que el cielo pareciera tan infinito, las aguas de los estrechos tan frescas y claras, las flores tan brillantes y fragantes, en medio de la lucha y los gritos de los hombres mientras se cortaban en pedazos y caían, observando cómo su sangre cubría la hierba?

La niebla y la oscuridad, la lluvia y los nubarrones parecían escenarios más apropiados, como una especie de manto para cubrir la vergüenza de la batalla.

Se estiró, cansada de repente, y tembló al recordar los esfuerzos de la pasada noche. Y, como alguien que sostuviese algo valioso y al escurrírsele entre los

dedos tuviese la velocidad y la destreza suficientes para atraparlo antes de golpear el suelo, fue capaz, en algún lugar de su interior, de sumergirse y recobrar el recuerdo fugaz antes de que se deslizara de nuevo en el desorden y ruido de su mente. Entonces sus glándulas segregaron un recuerdo y así lo retuvo, lo saboreó, lo volvió a experimentar, hasta se sintió temblar de nuevo bajo el sol, y estuvo a punto de soltar un pequeño gemido.

Dejó que el recuerdo se escapase, tosió y se incorporó, comprobando si el drone se había dado cuenta. Estaba cerca, recogiendo florecillas.

Un grupo de lo que suponía eran escolares se acercaban charlando y gritando por el camino de la estación de metro, hacia la portezuela. A la cabeza y a la cola de la ruidosa fila había adultos, con el mismo aire de cautela a la vez tranquila y cansada que había visto antes en profesores y madres con muchos hijos. Algunos de los niños señalaron al drone flotante al pasar, con los ojos muy abiertos y riendo, hasta que los condujeron por la estrecha puerta y las voces desaparecieron.

Se había dado cuenta de que los niños siempre armaban jaleo. Los adultos daban por supuesto que había algún tipo de truco tras el cuerpo aparentemente sin soporte de la máquina, pero los niños querían saber cómo funcionaba. Algunos científicos e ingenieros también se habían asombrado, pero suponía que el estereotipo de ser gente de poco mundo hacía que nadie les creyese cuando afirmaban que allí ocurría algo extraño. Y lo que ocurría era la antigraavedad, y ver al drone en aquella sociedad era como ver una linterna en la Edad de Piedra. Pero, para su sorpresa, era demasiado fácil despreciarlo.

—Las naves acaban de encontrarse —le informó el drone—. Están transfiriendo al sustituto, en lugar de desplazarlo.

Sma se rió, arrancó una hoja de hierba y la chupó.

—La vieja TSEUP no se fía de su desplazador, ¿eh?

—Yo también pienso que está senil —dijo el drone, con un suspiro.

Recortaba con cuidado agujeros en las raicillas, apenas más gruesas que el aire, de la flor que acababa de recoger, después unió las raíces creando una cadena.

Sma contempló la máquina, sus invisibles campos manipulaban los pequeños retoños con la misma destreza que una hilandera crea de la nada un patrón.

No siempre era tan refinado.

En una ocasión, unos veinte años atrás, lejos en otro planeta en una parte distinta de la galaxia, en el lecho de un mar seco azotado eternamente por vientos aullantes, bajo la meseta que habían sido islas, sobre el polvo que había sido cieno, se había alojado en una pequeña ciudad fronteriza en los límites de las vías del tren, preparada para alquilar monturas y aventurarse en el profundo desierto en busca del nuevo mesías niño.

Al atardecer, los jinetes llegaron a la plaza para atraparla en el hotel; habían oído que tan solo por su piel de extraño conseguirían un buen precio.

El hostelero cometió el error de intentar razonar con los hombres, y acabó clavado en la puerta atravesado por una espada; sus hijas lloraron su muerte antes de ser llevadas a rastras.

Sma se apartó, asqueada, de la ventana, oyó unas botas que atronaban en las viejas escaleras. Skaffen-Amtiskaw estaba cerca de la puerta. La miró sin prisas. De la plaza en el exterior y de todo el hotel llegaban gritos. Alguien aporreó la puerta de su habitación, haciendo que se levantara polvo y temblara el suelo. Sma tenía los ojos muy abiertos, sin ninguna estratagema.

Miró al drone.

—Haz algo —dijo, tragando.

—Un placer —murmuró Skaffen-Amtiskaw.

La puerta se abrió violentamente y golpeó contra la pared de arcilla. Sma retrocedió. Dos hombres con capas negras ocuparon el umbral. Podía olerlos. Uno avanzó hacia ella, con la espada desenvainada y una cuerda en la otra mano, sin percibir al drone a un costado.

—Disculpe —dijo Skaffen-Amtiskaw.

El hombre miró la máquina sin dejar de caminar.

Al instante ya no estaba allí, el polvo llenaba la habitación, los oídos de Sma pitaban, trozos de arcilla y papel caían del techo y revoloteaban en el aire, había un enorme agujero en la pared que daba a la habitación contigua, por el que se veía a Skaffen-Amtiskaw, desafiando en apariencia la ley de acción-reacción, flotar en el mismo lugar de antes. Una mujer gritaba histérica en la habitación al otro lado el agujero, donde lo que quedaba del hombre estaba empotrado en la pared sobre su cama, y la sangre estaba esparcida copiosamente por el techo, las paredes, la cama y ella misma.

El segundo hombre entró girando en la habitación y descargó una gran escopeta a bocajarro contra el drone. La bala quejó hecha una moneda de metal a un centímetro del morro de la máquina, y cayó al suelo con un repiqueteo. El hombre desenvainó e hizo girar la espada en un movimiento veloz, y acuchilló al drone a través del polvo y el humo. La hoja se rompió con limpieza contra una protuberancia de campo de color rojo por encima de la carcasa de la máquina; entonces, el hombre se elevó sobre el suelo.

Sma estaba acurrucada en una esquina, con la boca llena de polvo y las manos en los oídos, escuchando cómo ella misma gritaba.

El hombre se retorció de manera violenta en el centro de la habitación por un instante, hubo un borrón en el aire por encima de ella, se produjo otro pulso de sonido colosal y apareció en la pared, sobre su cabeza, junto a la ventana que daba a la plaza, una dentada apertura. Las tablas del suelo se astillaron y el polvo la ahogaba.

—¡Detente! —gritó.

La pared por encima del agujero se resquebrajó y el techo crujió y se combó hacia abajo, soltando trozos de arcilla y paja. El polvo le llenaba la boca y la nariz. Se puso de pie con dificultad, a punto de tirarse por la ventana en un intento desesperado por encontrar aire.

—Detente —graznó, mientras tosía polvo.

El drone flotó con suavidad hasta colocarse a su lado, sopló el polvo del rostro de Sma con un plano campo, y aguantó el techo a medio hundirse con una delgada

columna. Ambos componentes de campo estaban tintados de rojo, el color del placer en un drone.

—Ya está, ya está —le dijo Skaffen-Amtiskaw dándole golpecitos en la espalda.

Sma se ahogaba y balbuceaba desde la ventana mientras contemplaba horrorizada la plaza que había más abajo.

El cuerpo del segundo hombre yacía como un guiñapo empapado de rojo bajo una nube de polvo en medio de los jinetes. Mientras aún contemplaba aquello, antes de que la mayoría de los jinetes pudieran alzar las espadas, y antes de que las hijas del hostelero, atadas a dos monturas de sus raptos, se dieran cuenta de lo que era aquel bulto irreconocible en el suelo y comenzaran de nuevo a gritar, algo zumbó cerca del hombro de Sma y se lanzó hacia los hombres.

Uno de los guerreros gritó mientras blandía la espada y se lanzaba hacia la puerta del hostel.

Solo avanzó dos pasos. Aún gritaba cuando el misil cuchillo parpadeó cerca de él con el campo extendido.

Le separó el cuello de los hombros. El grito se convirtió en un sonido como de viento que gorgotea de manera obscena a través de la tráquea expuesta. El cuerpo cayó al suelo.

Más rápido y girando de manera más precisa que un pájaro o un insecto, el misil cuchillo hizo un rápido y casi invisible círculo alrededor de la mayoría de los jinetes, produciendo un extraño sonido entrecortado.

Siete jinetes, cinco de pie y dos aún montados, cayeron al suelo, en catorce trozos separados. Sma intentó gritarle al drone para que el misil se detuviera, pero aún estaba luchando por respirar y comenzaba a tener arcadas. El drone le dio palmaditas en la espalda.

—Ya está, ya está —dijo con preocupación.

En la plaza, las dos hijas del hostelero cayeron al suelo de las monturas a las que habían estado atadas, las ataduras habían sido cortadas por el mismo tajo que había matado a los siete hombres. El drone tembló ligeramente de satisfacción.

Un hombre dejó caer la espada y echó a correr. El misil cuchillo se lanzó hacia él. Se curvó como una luz roja sobre un anzuelo, y golpeó en el cuello de los dos últimos jinetes desmontados, derribándolos. La montura del último jinete se elevó sobre dos patas frente al misil, mostraba los colmillos, agitaba los cuartos delanteros con las garras expuestas. El artefacto le atravesó el cuello y avanzó hacia el rostro del jinete.

Tras emerger de la detonación resultante, la máquina se detuvo de repente en el aire, mientras el cuerpo sin cabeza del jinete se deslizaba del animal que caía retorciéndose. El misil cuchillo giró con lentitud, como inspeccionando aquel trabajo que le había llevado unos pocos segundos. Por fin flotó de vuelta hacia la ventana.

Las hijas del hostelero se habían desmayado.

Sma vomitó.

Las agitadas monturas saltaron, gritaron y corrieron por el patio, un par de ellas arrastraron consigo pedazos de los jinetes.

El misil cuchillo descendió en picado y golpeó a una de las histéricas monturas en la cabeza, justo cuando el animal estaba a punto de pisotear a las dos chicas que yacían inmóviles sobre el polvo. Entonces la pequeña máquina arrastró a ambas lejos de la carnicería, hacia la puerta donde se hallaba el cuerpo de su padre.

El pulcro, impoluto y diminuto artefacto se elevó con elegancia hacia la ventana, evitando con exquisitez la bilis de Sma, y se coló en la carcasa del drone.

—¡Cabrón! —Sma intentó golpear al drone, después lo pateó, y cogió una pequeña silla y la rompió contra él—. ¡Hijo de puta, asesino cabrón!

—Sma —dijo el drone razonando, sin moverse mientras se asentaba el remolino de polvo y aún sosteniendo el techo—. Dijiste que hiciera algo.

—¡Hijo de puta! —Le rompió una mesa contra la espalda.

—¡Señorita Sma, modere su lenguaje!

—¡Pedazo de mierda, te dije que pararas!

—¿Ah sí? Me parece que no lo oí. Lo siento.

Entonces se detuvo, al escuchar la absoluta falta de preocupación en la voz de la máquina. Pensó que tenía una elección clara: podía caer al suelo llorando y gimoteando y no recuperarse de aquello en mucho tiempo, quizá no salir nunca de la oscuridad que producía el contraste entre la frialdad del drone y su crisis, o...

Respiró profundamente y se tranquilizó. Avanzó hasta el drone y dijo con calma.

—De acuerdo, por esta vez... te sales con la tuya. Disfrútalo cuando lo reproduzcas para verlo de nuevo. —Colocó una mano en el costado del drone—. Sí, disfruta. Pero si en alguna otra ocasión vuelves a hacer algo similar... te convierto en limadura de hierro.

Le golpeó con suavidad el costado y le susurró:

—¿Me entiendes?

—Absolutamente —dijo el drone.

—Escoria, componentes, chatarra.

—Oh, por favor, no —suspiró Skaffen-Amtiskaw.

—Lo digo en serio. De ahora en adelante usarás una fuerza mínima de ataque. ¿Entiendes? ¿De acuerdo?

—Las dos cosas.

Se volvió, recogió su bolso y se dirigió a la puerta, mirando de reojo a la habitación contigua a través del agujero que había hecho el primer hombre. La mujer había huido. El cuerpo del hombre aún estaba incrustado en la pared, los chorros de sangre parecían rayos de una eyección.

Sma volvió la mirada a la máquina, y escupió en el suelo.